



www.loqueleo.com/ec

© 2000, Edgar Allan García

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-301-8

Derechos de autor: 14074

Depósito legal: 1582

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Junio 2000

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Febrero 2016

Trigésima primera impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Marco Chamorro

Diagramación: Roque Proaño (libro) y Ramiro Jiménez (actividades)

Supervisión editorial: Sylvia Gómez

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Leyendas del Ecuador 1

Edgar Allan García © Santillana



loqueleto



Testigo	9
El padre Almeida (Quito)	11
La Tunda (Esmeraldas)	17
El Yavirac (Quito)	23
La Dama Tapada (Guayaquil)	29
La Mano Negra (Quito)	35
Etsa (Amazonía).....	45
Cantuña (Quito)	53
El Huiña Güilli (Tungurahua).....	65
Guayas y Quil (Guayaquil)	71
El museo embrujado (Quito)	79
El señor de Sarabia (Cotopaxi)	89
La Caja Ronca (Ibarra)	95
El cucurucho de San Agustín (Quito)	105
El ermitaño de Riobamba (Chimborazo)	111
El candelero (Quito)	117
Las Islas Encantadas (Galápagos)	129
Una muchacha de luna (Manabí)	135

Biografía	143
Cuaderno de actividades	145

TESTIGO
(a manera de presentación)



Yo conozco a la mujer que canta agua, y al anciano que habla piedras blancas, y al muerto que viene y va por los rincones sin morir nunca, y al duende que desteje en la noche lo que tejiste en el día, y a la niña que siempre se aparece en tus sueños y cumple todos tus deseos, y al barquero que navega lento sobre un ataúd lleno de velas negras, y a la mariposa que es mariposa y flor azulada al mismo tiempo, y al cura que por borracho asistió a su propio entierro, y al bufeo, delfín de río que se disfraza de hombre para robarse en las fiestas a las muchachas más hermosas, y a la anciana que cuida el tesoro que está al final del arcoíris, y al indio que desde hace siglos busca a su amada por esos montes de niebla, y al conquistador sin cabeza que cabalga con una espada en alto en las noches sin luna, y al Tío Zorro que por más que se esfuerce nunca atraparé al astuto Tío Conejo, y a la mujer pez que se arrastra de noche por la tierra, y al niño que no es niño y aguarda llorando a que algún

10 ingenuo se ponga al alcance de sus garras, y al árbol que camina pero que nadie lo ha visto caminar durante el día. Yo los conozco a todos, a los invisibles y los visibles, a los que desencadenan el trueno y a los que son uno con el silencio, a los que aman la luz y a los que están hechos de sombra. Y aunque no lo creas, te conozco a ti: soy yo el que acaricia tu cabeza mientras te duermes y te habla al oído antes de que estalle la mañana. No vengo ni voy porque siempre he estado contigo. No tengo nombre ni rostro, mas mis palabras tienen sabor a tierra recién bañada por la lluvia.

El padre Almeida (QUITO)



11 Qué necio este padre Almeida. Mírenlo, mírenlo no más cómo se sube como una araña negra por esa pared del claustro en lugar de estar durmiendo a estas horas de la noche. ¿Y todo para qué? Pues para irse a tomar aguardiente a la cantina de la esquina, ni más ni menos. Y lo peor de todo es que, para saltar al otro lado, el muy sinvergüenza se apoya en uno de los brazos de un Cristo de madera que está cerca de la pared. ¿Lo ven? Sí, ese mismo, el Cristo que tiene la cabeza a un lado y parece estar mirándolo muy serio mientras el farrista, indiferente al Cristo que lo mira, sube rápidamente por la pared.

Entonces, de pronto, el padre Almeida escucha que el Cristo de madera le dice:

—¿Hasta cuándo, padre Almeida?

Y el muy grosero, en lugar de sorprenderse o de asustarse porque el Cristo de madera le acaba de hablar, le contesta:

—Hasta la vuelta, Señor.



¿Lo escucharon? «Hasta la vuelta», y con qué tranquilidad. Ay, si parece que el padre Almeida no tiene remedio, que el alcohol lo tiene atontado y perdido, y que así no va a poder seguir siendo padre ni nada. ¿No les parece?

Pero dejemos pasar unas cuantas horas, mientras sopla un viento helado por las calles de Quito y miremos lo que sucede ahora que sale borracho de la cantina de la esquina. Véanlo cómo se tambalea, qué vergüenza, qué pena, padre Almeida, si parece uno de esos trompos a los que se les ha acabado la viada y tiemblan antes de caer. Miren nomás cómo se agarra de la pared para avanzar otra vez al claustro. Si parece un espantapájaros el pobre.

Tan borracho está que no se da cuenta de que frente a él viene un ataúd cargado por unas seis personas muy altas, vestidas por completo de negro. Y, claro, como era de esperarse, de pronto choca contra el ataúd. Sí, contra el ataúd, pero el padre Almeida no sabe que es un ataúd, cree que es un toro negro o un oso negro. Qué borrachera se cargará que, cuando cae el ataúd al piso, grita:

—Cuidadito, mire... hic... por dónde camina... hic... señor toro, qué digo... señor oso, hic... qué digo...

Mas, de pronto se da cuenta de que es un ataúd, un ataúd caído delante de él, un ataúd despanzurra-

do al que rodean esas personas muy altas y fuertes y silenciosas a las que no alcanza a verles la cara. Un chorro de sangre fría le sube por la espalda y se le erizan como púas los vellos de la nuca. ¿Un ataúd? ¿A las tres de la mañana?

—¿Qué es esto? —pregunta en voz alta.

14 Y, curioso como es el padre Almeida, se decide a mirar adentro. Ahí, frente a él, pálido, muy pálido, acostado con las manos en cruz dentro del ataúd forrado con una tela negra, está él mismo, sí, ¡¡el padre Almeida!! ¡¡Muerto!!



Qué susto se habrá llevado el padre Almeida que de un golpe se le quita la borrachera y se da cuenta, en un segundo, de que, si sigue así, uno de esos

días va a morir intoxicado de alcohol o tal vez atropellado por una carreta o por un toro negro, y que entonces no podrá cumplir con su misión en la vida. Corre el padre Almeida por las calles desiertas hasta el convento, sube por la pared nuevamente y ahí, shhh, por favor, sin hacer bulla, mirenlo bajo el Cristo de madera, escúchenlo como reza y pide perdón hasta que las primeras gotas del amanecer empiezan a danzar en el aire frío de Quito.

Ay, padre Almeida, mire nomás, por andar de farrá cuando debía descansar para dar misa al día siguiente, «alguien» que no sabemos le jugó esta «pasada» para que aprendiera una gran lección. ¿O no fue una pasada? Quién sabe, pero desde esa noche, no sé si es mi imaginación pero al Cristo de madera como que lo he visto más sonriente. A ver, cierren un momento los ojos y véanlo ustedes también, como si estuviera frente a ustedes. ¿Se dan cuenta? Es una expresión tan tranquila en el rostro, como de alivio.

Ah, y por supuesto al padre Almeida se lo ve más sereno y amable, más sencillo y risueño. ¡Qué bueno por usted, padre Almeida! ¡Qué bueno!

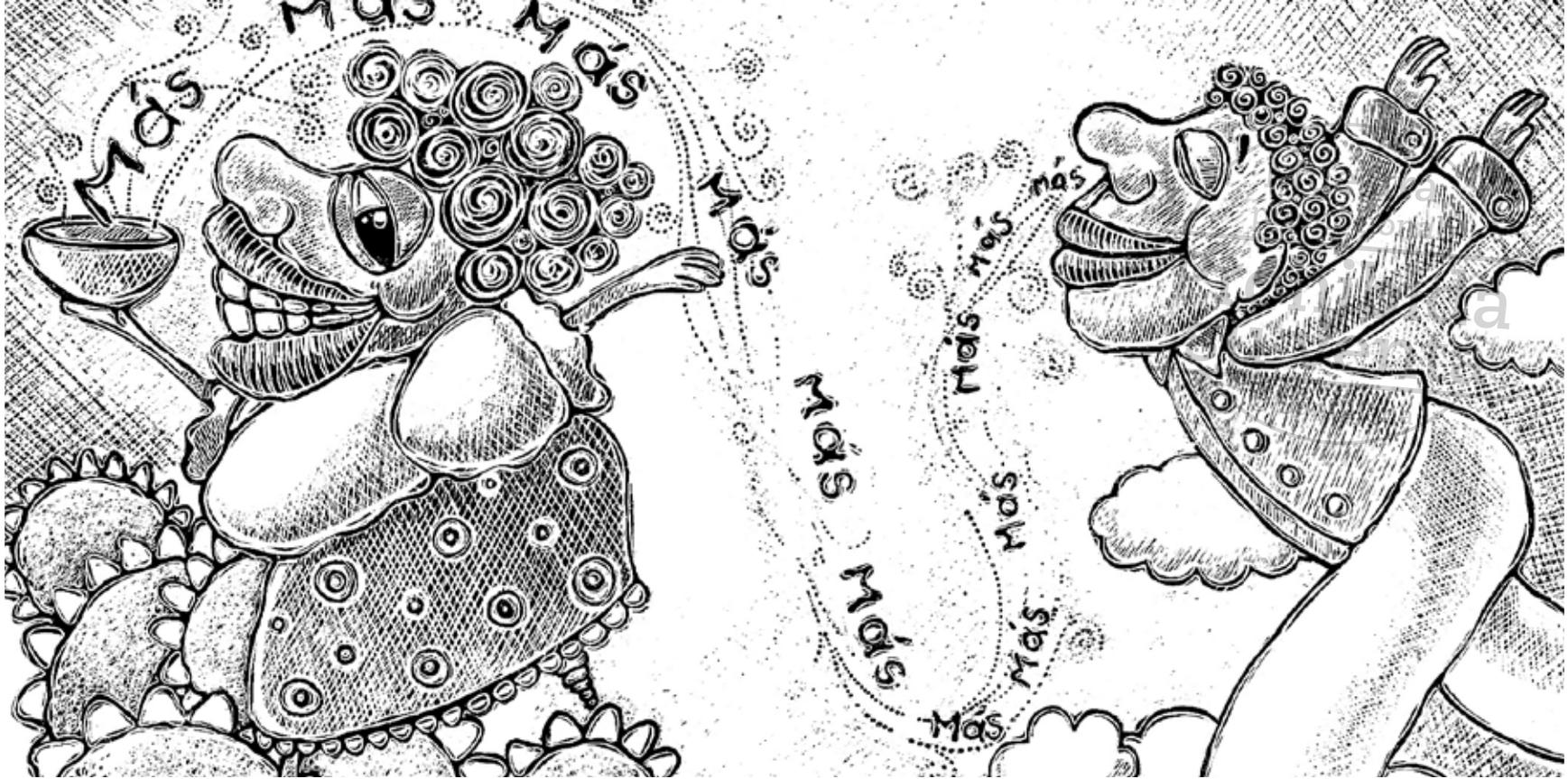


La Tunda (ESMERALDAS)



La Tunda no es negra, es negrísima, como una noche sin luna ni estrellas en una casa sin puertas ni ventanas. La Tunda no tiene boca, ni siquiera bemb, sino bembisisísima, es decir, una bemb así y *asá*. En vez de pierna derecha maneja una pata de molinillo que suena tum tum cuando camina por el monte. Mas cuando ella sonríe, se ilumina la noche, llueven cocos recién pelados y vuelan mariposas blancas. Entonces, la gente que sabe se da cuenta de que la Tunda anda cerca, lo que significa que de inmediato deben seguir el consejo de mi abuela que siempre dice «el que *juye* vive, mijito».

Y es que la Tunda no vive allá, sino *allúj*, o sea, más lejos que allá, pero cuando se viene *pacá*, es decir, más cerca que acá, la cosa se va poniendo color de hormiga y más tarde olor a guineo pecoso, porque el rato menos pensado, y a veces también el más pensado, se aparece meneando las caderas en los caminos y, con su monstruosa coquetería, convence al



caminante distraído para que se coma un «tapao'e camarón» hecho por ella.

Sí, escucharon bien, un *tapao* que, por si no lo saben, es un preparado de la cocina esmeraldeña que sabe a paraíso, a gloria y a cielo, al mismo tiempo. Como dice la misma Tunda, «más rico que un tapao de camarón, solo pue ser otro tapao de camarón preparaao por yo», así es que, como comprenderán, el caminante acepta la invitación muerto del gusto, en especial si ya son más de las

tres de la tarde y no ha comido sino un par de *majajas* frías.

Una vez instalado selva adentro, los camarones preparados con yerbas secretas se deshacen en la boca del invitado. La Tunda, vestida con una preciosa pollera *colorá*, se deleita preguntándole cada cinco minutos:

—¿Más?

Y el caminante solo atina a decir que sí con la cabeza, mientras la boca, llena de saliva aguada y de una lengua golosa, no deja de saborear el mágico *tapao*.

Al cabo de diez o doce platos, la Tunda ha encendido ya su cachimba de carrizo y, con las piernas cruzadas, fuma tranquila al pie de un guabo o de un mangero, lo que esté más cerca de sus anchas espaldas. Mientras tanto, satisfecho hasta los huesos, el invitado sorbe a tragos lentos un tazón de agua zurumba que ella misma le ha preparado con puñados de panela y filosas hojas de limoncillo. Es en ese instante, cuando todo empieza a transformarse pues, de pronto (más que de lento) la Tunda se pone cada vez más hermosa ante los ojos del hombre, en tanto que este comienza a sentir mariposas blancas en la cabeza: al principio es apenas un aleteo suavcito, luego un zumbido parecido al de las avispas negras después de una larga lluvia de verano y, poco más tarde, un estruendo insoportable, como si millones de murciélagos le revolotearan desesperados entre ceja, oreja y sien.

El tipo piensa que es la indigestión, pero no, no es la indigestión, lo que le pasa es que acaba de ser *entundao*, es decir, enloquecido por la Tunda. Desde entonces se la pasará recitándole décimas que hablarán de su granbelleza-nocturna, poniéndole hojas de plátano en el suelo, para que no se ensucie la sucia pata de molinillo, haciéndole trencitas de colores en las greñas sin remedio, besándole las enormes manos callosas cada cinco minutos, y preparándole sendos *sudaos* de *pescao*, *pu-*

zandaos de gallina prieta y *encocao*s de cangrejo para los increíbles almuerzos que se despacha la señorita Tunda, una vez que consigue quien le sirva.

Según cuentan, esta hija del diablo con una princesa negra disfruta a sus anchas de ese «amor» loco durante un tiempo, hasta que se abomba (quiero decir se cansa) y abandona al *entundao* que, como comprenderán, queda *desconsolao*. Entonces, brincando y saltando, bailando y danzando, caminando y andando, desde *alluj* se zumba otra vez *pacá* en busca de otra víctima a quien *entundá*, y *asisucesi*, hasta que se acabe el *currulao* o se muera el bembé.

Y a propósito, en este terrible momento en que no he comido sino un casabe frío, ¿no hueles ese *tapao* de camarón revoloteando en el aire? Mmmm, sí, es un *tapao* de camarón. Pues, ¿quieres que te diga la verdad? Ya no aguanto más. Yo me voy por esa veredita alegre *pallá*, *pal monte*, a *comé*, a *comé* mi *tapao*... y tú, ¿qué? ¿No vienes también?

